



CAPÍTULO XLV.

EDAD DEL LINAJE HUMANO.

ARTÍCULO I.

La lingüística es inútil para fijar la edad del reino humano.—Origen y parentesco de las lenguas.—Aparcamiento de las primeras familias.—Cuna de la especie humana.—El hombre europeo.—Los cántabros.—Los arya.

Gl sistema de las edades prehistóricas con la presunción de llevar adelante el desmedido abo- lengo del hombre, se vale, como de patronos, de todos los ramos de humano saber, enlazándolos con la hipótesis darwinica, para definir por ahí por qué grados fué subiendo la humana salvajez al cetro de la policia que hoy posee. Achaque ordinario de los prehistóricos es (r) con voz de

(r) «Esto se llama jugar las cosas y las personas de un modo apasionado e inconveniente, pues en asuntos de tal índole no caben arrogancias ni atrevimientos, sino tan sólo el examen y estudio formal y detenido de la cuestión.... De donde se desprende no ser correcto, ni mucho menos, calificar semejante procedimiento de achaque de prehistóricos, los cuales proceden, como es sabido, valiéndose de todos los ramos del humano saber, para llegar algún día al feliz término del empeñado debate.» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 575.)

Cuál sea el empeñado debate, cuál el feliz término á que aspiran los prehistóricos, no lo dice con claridad, ni importa que lo diga su abogado fidelísimo: harto lo sabemos, y le aseguramos que perderá la causa aunque se valga de todos los ramos del humano saber. «Hay una escuela prehistórica: la concenemos, sabemos que tendencias tiene, qué intento lleva; pero no es uno, sino muchos los abismos que la alejan del término que pretende. Hay también una cuestión prehistórica: de ella se habla por doquier y á cualquier pro-

averiguar la verdad, tener por de ningún momento, ó interpretar á su talante libros, pergaminos, jeroglíficos, inscripciones, tradiciones, como im-

pósito; de ella se hace una gran cuestión. Mas esa cuestión, lo es sólo de palabra; demandada una definición, y todo el encanto para en humo.» (*Études religieuses*, t. x, p. 413.)

En otra parte pregunta el mismo autor: «¿Por qué motivo la ciencia prehistórica se vale de pruebas que no son de buena ley?» Y añade: «En lo sucesivo, si viene uno y me dice, que el diluvium y los sílex de Saint-Acheul son antiquísimos, que son prehistóricos, me bastará hacerle esta pregunta: ¿Sabe V. cuál es el origen de ese diluvium? ¿De dónde proceden esos sílex? Entre los doce sistemas que hay de concebir la formación de este terreno, cuál es el de V? Espóngame, y, sobre todo, demuéstremelo V. No será fácil darne la prueba tan presto.» (*Ibid.*, t. viii, p. 534.)

El escritor Marcelino Venturoli, explicando el achaque de los prehistóricos, y con que destreza emplean todos los ramos del humano saber para llegar al término feliz del empeñado debate, dice así: «Industriales hay que falsifican los instrumentos de piedra, ó por mejor decir, los presentan con sobreescrito de antiguos, siendo ellos sus naturales autores. A la exposición de objetos prehistóricos de Bolonia (1871), de varias partes se enviaron armas y utensilios de piedra; que no fueron recibidos, porque se tuvieron, con razón ó sin ella, por de origen reciente.» (*Scienza italiana*, anno II, vol. 1, p. 234.)

En Septiembre de 1875, M. Pottier hizo excavaciones en Orange, y dando con unos fragmentos de tiempos pasados, los pregonó por prehistóricos (*Materiaux pour servir à l'histoire primitive de l'homme*, 1876, p. 189); y hubieran cobrado gran fama, á no haber salido el grave Fergusson á demostrar que pertenecian á tiempos tomanos. Con increíble alboroto solemnizaron Meignan, Lyell, Fiquier el hallazgo de unos esqueletos humanos y de otro de animal, descubiertos en Macheccul y comprados á buen precio, en 1865, por

portunos embarazos, que ponen apretado cerco á la arrogancia de sus aserciones (s). Y pues hemos visto que la geología y la arqueología van de acuerdo en probar el ningún funda-

Boucher de Perthes, con la persuasión de que eran prehistóricos: llamábase Boucher de Perthes el homónimo más bienaventurado del mundo, y creíase llegado al término feliz del empeñado debate, cuando hete aquí que viene á descubrirse por cosa cierta, que el más antiguo de los dichos esqueletos apenas contaba seis siglos. (*Revue des Deux-Mondes*, juillet, 1873.) Parecidas sorpresas pueden leerse en la *Scienza italiana* (Anno v, vol. 1, 1880, p. 31.)

Según los diccionarios de los prehistóricos, los dolmenes son anteriores á la edad del hierro. Acertó un día M. Cartilhac á descubrir hierro en un dolmen del Aveyron, y «aconsejado por M. de Mortillet, dice, disimule y calle por largo tiempo.» (ALEJANDRO BERTRAND: *La Gaule avant les Gaulois*. «Tal como esta es la buena fe de nuestros prehistóricos.» (*La Controverse*, 1885, t. v, p. 161.)

«Las excavaciones de Italia, en especial en Broncio, cerca de Verona, en donde las divisiones de la edad de la piedra no se verifican de ningún modo, transtornan á los tan alabados autores de estas divisiones. Mortillet, que osó tratar de mistificaciones los hallazgos hechos allende los Alpes, mereció de Pignorini esta amonestación: «M. de Mortillet no ha visto los objetos originales, no ha visto las localidades donde se descubren, no ha estudiado los terrenos que los contienen; en una palabra, no ha cumplido ninguno de los deberes á que estaba obligado, para poder subirse á la cátedra y pronunciar la sentencia. Apellidó mistificación sólo porque allende los Alpes no se han hecho semejantes descubrimientos, y porque éstos vienen á modificar sus teorías sobre las divisiones y sobre los caracteres de las edades prehistóricas.» (A. DUCROST: *La Controverse*, 1887, t. x, p. 265.)

Esto es lo que ha pasado en Francia y en Italia. Ignoramos si en España se emplean también todos los ramos del humano saber para llegar al término deseado.

(s) «Son dos problemas distintos el del origen y el de la fecha que lleva el hombre en la tierra—éste, resuelto merced á los progresos por las ciencias naturales en los últimos tiempos realizados; aquel, hoy por hoy insoluble, como el de todos los orígenes, y en manera alguna ligado con el anterior.» (*Revista Contemp.*, ibid., p. 576.)

Dos cuestiones distintas son el origen y la antigüedad del hombre: ¿quién lo pone en duda? El origen del hombre, empero, no es insoluble hoy por hoy, sino que está resuelto hace siglos, y por esto deja ya de ser problema. La cuestión de la antigüedad también parece resuelta en el día de hoy, pero no según los diccionarios de la escuela prehistórica, como va dicho. Empero la mayor parte de los prehistóricos, ligan entre sí y hacen dependientes una de otra

mento que tiene la exorbitante antigüedad del hombre, quédanos por declarar cómo tampoco la lingüística, la etnografía ni la cronología son parte para fijar la edad de la humana especie.

entramas cuestiones, que ellos estiman por problemáticas.

«No hace mucho tiempo, hombre hubo que escribió, y aun mandó publicar en la prensa, que la cuestión de la antigüedad del hombre es del todo independiente de la cuestión del transformismo, según le defienden los modernos naturalistas. No acabamos de asombrarnos de tan peregrino aserto. ¿Podía decirse cosa más ajena de verdad? Tenemos aquí delante muchísimos de esos seguidores modernos del transformismo; y todos clarísimamente cantan en coro la decrepitud del hombre en la tierra y su incomparable antigüedad. Y porque no nos gusta afirmar sin probar lo afirmado, ahí van sus elocuentes voces para quien quiera oírlos.» (*La Civiltà Cattolica*, serie x, vol. vi, p. 686.) Y va trasladando copia de autoridades, en orden á demostrar que «la remotísima antigüedad del hombre es base necesaria para entender su origen, como solia decir Darwin.

Disimulemos las proposiciones, mal sonantes á oídos católicos, que van embebidas en la censura de este capítulo (por ejemplo, p. 564, lin. 25; p. 576, lin. 17, etc., etc.) y que podrían pasar plaza de próximas á herejías; mas por que van confutadas en el de curso del texto, y porque el que las escribió lo hizo de paso e inadvertidamente, nos abstenemos de responder á ellas. Tampoco decimos palabra de ciertas críticas, en que el propio censor publica su mengua y descubre su ignorancia; por no ser competente en la materia que censura. En una ocasión, metiéndose en teologías, dice inconsideradamente: «Háblase también en la obra de la *saña* del Altísimo como si Dios participara de las mezquinas pasiones humanas.» (*Rev. Contemp.*, ibid., p. 578.) La ira no es pasión mezquina, sino muy noble de suyo; las circunstancias, de pasión la hacen virtud, y estaría muy bien empleada contra los atrevidos y embaucadores que impugnan y niegan con pertinacia doctrinas recibidas y profesadas por los verdaderos sabios. Cristo (manseuldere infinita) llamó á los que desfiguraban la *verdad hipócritas, casta de víboras, sepulchros blanqueados, hijos de bedonides, hijos del diablo*. Lactancio escribió un libro sobre la ira de Dios, al cual remitimos á los que se escandalizan de que el Altísimo tome á veces contra nuestros pecados la vara del rigor, como en el diluvio mosáico aconteció.

«A nadie debe causar admiración, sino dolor y profundísima pena, ver estampados tan perniciosos conceptos en una revista como la *Contemporánea*, que saluda con ambiciosos carga de elogios á un librepensador como Duruy, y á un materialista como Romanes.» (*Ibid.*, p. 665.)

En tres grandes ramas reparten los eruditos el árbol genealógico de las lenguas conocidas, que llaman lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión. Las monosilábicas, como la china, siamesa, birmana, tibetana, anamita, por ser las más simples en la forma y construcción de las voces, son estimadas por los modernos las más cercanas á la primitiva. De su excelencia señalan por prueba su misma conservación en los pueblos orientales durante larguísimos siglos; lo cual no les parece tener otra causa sino la civilización vetustísima, que, señoreando los vocablos, vinculó su poder á la escritura; que donde falta el arte de escribir presto fallece el estilo del lenguaje. El segundo linaje de lenguas comprende las aglutinantes, así llamadas por trabarse en uno diversos elementos, y guardando el principal de ellos su radical significación, exprime diferentes matices y aun suena cosas del todo nuevas, conforme sean los afixos que le acompañen: así son el vascuence, el turco, el húngaro, el caucásico, el malayo, el polinesio, el guineo, el dravídico. El tercer cuerpo abraza los idiomas de flexión ó amalgamantes, cuyas palabras radicales truecan ó moderan su poder á causa de las terminaciones y desinencias, ó por la incorporación de otros particulares; tales son las lenguas semíticas.

Los filólogos modernos contestan unánimes que el tipo monosilábico, hablado en el día por 450 millones de hombres, fué el primero que reinó; conviene que el tipo aglutinante, usado por 216 millones, es señal de adelantamiento; conceden que el de flexión, común entre 537 millones, denota de por sí un perfecto estado de cultura; mas no quieren argüir de estas tres suertes de idiomas diferencias esenciales de policía en los pueblos que los hablaron. Porque los chinos, aun en la celsitud de su pujanza, no dejaron

de ser fieles á la simplicidad de sus vocablos; los vascos, aun en nuestro siglo, dicen sus conceptos y los rebozan por el consorcio de aquellas palabras aglutinativas; los egipcios, en su más ilustre antigüedad, emplearon la forma flexible: y así no tienen de suyo estos tipos proporción con determinadas razas, pues que casi todos los blancos hablan idiomas de flexión, siendo de castas muy desemejantes.

Indicados estos preliminares, que luego examinaremos con más detención, debemos presuponer que la mayor parte del linaje humano pasó en sus principios por una catástrofe de dispersión casi total. Los hijos se apartaron de la compañía de sus padres; en la soledad de su aislamiento, padres é hijos hubieron de acometer peligros, arrostrar azares, emprender viajes por conservar la vida; y en medio de sus afanes acrecentaron la prole; pero ¿cómo podían criarla en aquellos levantados sentimientos de nobleza antigua que en ellos se habían convertido en tosquedad y villanía? No duraría largos siglos el aislamiento total, especialmente que consta en los libros sagrados, cuán de presto se multiplicaron las gentes y entraron en vías del comercio y conversación: que de no haber sucedido así, viviendo en perpetua soledad, se hubieran formado maneras de lenguas muy otras de las que hoy conocemos. Mas como quiera, los descendientes de los hijos de Noé, que se extrañaron y desviaron del centro común y se despeñaron en el abismo de la barbarie, aunque más cerriles y groseros, eran muy idóneos para entrar de nuevo en la senda de la perdida cultura, en cuanto se les amanece la lumbre de los pueblos civilizados.

Así la familia monosilábica, antiquísima y muy imperfecta, ha sobrevivido en los confines del Oriente (China, Tibet, Indo-China), porque los funda-

tores de estos pueblos apartados de la cepa principal, bastardearon y perdieron la policía de sus antepasados; mas muy luego, hallando amistad y trato sincero en familias civilizadas, que habían sabido conservar su independencia y perpetuar la indole nobilísima de la lengua monosilábica, recobraron aquel resplandor de cultura que desde la dispersión habían malogrado. Dejando ahora las otras partes del mundo, á fin de declarar el ningún título que tiene la lingüística para sancionar con el sello de su autoridad los siglos sin número de la vida del hombre, detengámonos á considerar las alteraciones que hicieron las lenguas de Europa desde que las primeras familias fijaron en el Occidente su morada.

Es dicho común de muchos filólogos que en el centro del Asia asentó sus primeros reales la humanidad, ocupando más adelante sus miembros los demás continentes. Alrededor del centro del Asia ocurren efectivamente todos los tipos de las lenguas conocidas. Pero á Quatrefages le ha parecido que las primeras familias humanas habitaron la Siberia en la época terciaria: muy pocos son los autores que siguen su opinión, por estar destituida de pruebas y edificada sobre flaquísima base, como se dijo en su lugar. De la cuna solariega de la civilización varias fueron las familias que, estimando en poco las ventajas de una policía ya formada y patriarcal, emigraron á países desconocidos en busca de azares sin provecho y sin ventura.

Muy común es en nuestros días admitir que los aryas, que ocupaban el corazón del Asia, fueron los primeros que se apoderaron del continente europeo. Mas aun antes que los aryas vinieran á habitar las regiones occidentales, era morada Europa de otros pueblos primitivos, que en tiempo inmemorial habían asentado su hogar

en nuestro territorio. La arqueología ha puesto en evidencia la población de estos antiquísimos europeos, mostrándonos armas de pedernal, hachas bruñidas, vasos de tierra, enseres de cocina, figuras, dibujos y otros perretchos hallados en Bélgica, Suiza, Pirineos, Irlanda, Dinamarca, que no admiten linaje de duda, y testifican la indole nada salvaje de aquellas prístinas gentes.

De dónde procedían, como vinieron á parar en Occidente, qué lazos de parentesco los unían con el resto de la humanidad, es controversia, sobre complicada, obscurísima, en que da y toma á porfia la curiosidad de los eruditos. No parece dudoso que el hombre europeo fué contemporáneo del buey primigenio, del ciervo hibernico, del elefante primigenio ó mamut, del elefante meridional, del rinoceronte ticorrino, del hipopótamo mayor, del oso primitivo, como en otro lugar hemos visto; por esta causa antes dijimos, que con poco acierto Quatrefages ha distinguido seis castas de hombres en la Europa cuaternaria occidental. Pero baste para nuestro intento advertir que la lengua que hablan en el día de hoy los húngaros, vascos, turcos y siberios es aglutinante, y pertenece á la familia turánica del Turquestán.

Los turaneses, vecinos un tiempo de los aryas en el mismo corazón del Asia, al separarse de ellos, derramáronse en dos rumbos, partiéndose unos á la Mongolia y otros al Poniente, donde fijaron sus tiendas, siglos antes que los aryas abandonasen su querencia asiática. Repartiéronse por las comarcas europeas las familias turanesas, unas al Sudoeste (vascongados), otras al Noroeste (japoneses, finlandeses, escandinavos), otras, en fin, no se apartaron del centro (húngaros). Al paleontólogo Vilanova párecele que, bien miradas las señales

de humana industria que hasta el presente en España se han descubierto, «es muy natural suponer que del continente asiático, donde, de común acuerdo, se coloca la cuna humana, llegarían hasta España, aprovechando el istmo de Gibraltar, que no se convirtió hasta más tarde en lo que hoy es Estrecho, los primeros pobladores, los cuales, salvando más tarde la cordillera pirenaica, hubieron de correrse por Francia ó Inglaterra, probablemente no separadas aún por entonces». Confirma su conjetura con la famosa calavera hallada en la cueva de Gibraltar, que da prendas de ser tan antigua como los cráneos de Cansstadt y Neanderthal. Á este dictamen queremos advertir que el cráneo de Gibraltar es dolicocefalo, de frente estrecha y deprimida, de nariz ancha y chata, de mandíbula inferior larga; y aunque no hay razón para afirmar que la casta dolicocefala sea inferior en ingenio y destreza á la braquicefala, y creemos que no pueden establecerse relaciones ciertas y constantes entre las dimensiones ó diámetros del cráneo y los grados de inteligencia y de moralidad; todavía no es suficiente el rastro de un solo cráneo para determinar el camino de toda una población; cuanto más que en otros paraderos de muy adelantada industria (cueva de la Solana, Monóvar, Málaga, Alcoy, Almería), tenemos cráneos dolicocefalos y braquicefalos juntos y mezclados.

Queremos trasladar aquí la opinión de D. Aureliano Fernández Guerra, ornamento de la Academia Española, varón lleno de erudición histórica. «El sencillito Ibero, dice, primer habitante de la Península..., hallábase dividido muy de antiguo en dos grandes familias, que se decían vascones y várdalos, las cuales..., hasta ahora,

y por más de cuarenta siglos, han conservado casi intacta su sangre, lengua, libertad y costumbres patriarcales.

»Tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del Ibero, del Árrago y del Araxes (rios que hoy se denominan Kur, Iora y Araks, entre los montes Ararat y Cáucaso), recorrieron las playas meridionales del Mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por la comarca del Ródano, por el Pirineo, y ocuparon á España.»

Derramados por el occidente los turanese, hechos señores de inmensas tierras, crecieron, prosperaron, vinieron á ser poderosos y temibles, principalmente en el corazón de Europa. El Dr. Cruel, en una obra llena de erudición y buen criterio, publicada en 1885, hecha anatomía de la lengua aglutinante que hablaban, ha demostrado la indole, vida, costumbres y civilización de estos pueblos. Conforme de dicho autor se infiere, en estas familias, separadas entre sí, sin ciudades ni forma de comunidad, sin leyes generales ni instrucción política, el padre era jefe nato de la sociedad doméstica; los animales caseros eran el perro, el caballo, la oveja, el buey, no la cabra ni el cerdo. El carecer su idioma de voces que signifiquen instrumentos de labranza, persuade que no conocían la agricultura, siendo su ordinario sustento leche y carne, como lo dicen las voces que usaban, y su vestido común pieles, y almadréñas por calzado. Mantenían entre sí relaciones de contratación, sin por eso borrar la diferencia de ricos y pobres. No tenían por religión el politeísmo, sino una suerte de culto mal definido, que rendían por mayor y á

¹ Cantabria, por D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA; *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. IV, p. 99.

bulto al cielo y á los genios; introduciendo en sus ceremonias sacrificios y sacerdotes, como patentiza el género de sus vocablos. Empero es cosa muy digna de consideración que carecieran de palabras que expresasen metales, porque las empleadas para denotar oro, plata, bronce, hierro, eran del todo peregrinas y extrañas al idioma nativo; de donde se saca que ignoraron el uso de los metales, porque si los conocieran, habrían dejado al vasconce y al húngaro, lenguas derivadas, las raíces de aquellas voces: por el contrario, usaron armas de piedra, como lo declaran las palabras que significan hacha, cuchillo, espada, que derivan de otra que suena piedra ó roca. Lo cual no empece lo dicho anteriormente, pues sabemos que el usar un pueblo piedra y no metal, no es prenda ni grado de cultura.

Tras largos años de gozar á su placer los turanese y de recorrer pacíficamente las llanuras del Occidente, vino á ser que los aryas intentasen seguir la misma derrota que sus antiguos vecinos, y así, enderezando los pasos al Poniente, invadieron la Europa, acampando unos al Sudeste, otros al Noroeste, con ánimo de arrojar de su posesión á los antiguos moradores; muchos de los cuales, acosados después por los aryas, más poderosos que ellos, inhábiles para enfrenar los acontecimientos, se vieron forzados á poner á salvo sus vidas, buscando asilo, quién en las quebras de los Pirineos, quién en los nevados riscos del Nordeste de Europa. Apoya este parecer el eruditísimo arqueólogo P. Fidal Fita (S. J.), en carta escrita á su amigo D. Aureliano Fernández-Guerra, diciendo: «Soy de parecer que los cántabros vinieron de Asia con su nombre nacional... Inmensa luz puede resultar estudiando la región indica del Cántabro. Los arayos echaron de aquel suelo gran parte de la raza indígena, que se

dilató por el Occidente. La que allí quedó, ó sea la tribu de los Ghonds, tenía y retiene aún costumbres políticas y creencias religiosas parecidas á las de nuestros cántabros». Según esto, quedóse corto, á nuestro parecer, D. Aristides de Artífano cuando se contentó con sostener que «los vascongados son los descendientes de las primeras emigraciones europeas de la raza arya»; ni tampoco le era bastante afirmar que los vascongados «fueron los primeros que poblaron la España»: sino que podía haber extendido la disolución de su pluma hasta la gloria de asentar, como cosa más probable, que fueron los primeros pobladores de Europa, anteriores á los aryas, y mucho más á los Iberos, conforme de lo dicho puede colegirse.

De aquí nació la independencia que es proverbial de los vascongados, de los finnese, lapones y habitantes del Volga, los únicos que guardan en su idioma la forma aglutinante, y los únicos representantes de los primeros señores de Europa. En esta sangrienta lucha, vencidos y vencedores confundieron su lengua, sangre, costumbres, tradiciones; y así los europeos no fueron ya gente pura y castiza de la raza de los turanese ni de los aryas, sino compuesta de las dos ramas entrecruzadas, como lo demuestran las lenguas europeas, que tienen raíces de entrambas familias.

Solos los cántabros y los finnese son reliquias venerables de la población primitiva, independiente y señora natural. El tipo físico y la formación braquicefala del cráneo altamente lo pregonan, siendo muy de notar que la configuración que se les advierte hoy á estos pueblos, es la misma que se dibuja en los cráneos fósiles más auténticos de los prístinos europeos.

¹ *Boletín de la Sociedad Geográfica*, t. IV, p. 124.

² El señorío de Vizcaya, 1885, prim. parte, cap. V, p. 43.

¹ Discurso de recepción en la Academia de la Historia.

La gente vasca ha sido estudiada con particular diligencia por Virchow, Broca, Quatrefages, Retzius, Pruner Bey. La particularidad de poseer la voz *aits* (pedra), que unida á muchos nombres expresa cosas de piedra, es muy significativa para inducirnos á creer que esta gente debe su origen á la más remota antigüedad, y que está entroncada con fineses y lapones. Hamard juzga que los vascongados son de la llamada edad paleolítica, restos de la población primitiva. Algunos quieren incluir esta raza en la de Cro-Magnon, dolicocefala de los tiempos neolíticos según Mortillet; pero yerran, porque los caracteres de entrambas son muy diferentes; fuera de que en Zarauz se han descubierto cráneos braquicefalos, en prueba de que en nuestro antiguo continente reinaban hombres semejantes.

Viene en apoyo de este parecer el ilustrado Dr. Joly, quien públicamente, en una conferencia sobre el hombre fósil, en 1865, declaraba que los habitantes europeos antecedentes á los aryas, y por éstos perseguidos, eran de mediana estatura y pertenecientes á tipo braquicefalo, tipo calificado por lo corto del diámetro anteposterior del cráneo, si se compara con el dolicocefalo, que tiene el cráneo prolongado hacia atrás. No hacen mucho peso en el ánimo de este escritor los distintivos braquicefálicos y dolicocefálicos; ni tampoco cree que el haber tenido los labios fruncidos y abultados fuera señal de envilecimiento; en ambas cosas prueba cordura y rectitud de juicio: mas en una yerra, y es en juzgar que los antiguos europeos eran hijos de la tierra y no descendientes de Adán. Error tanto más grave, cuanto quien le patrocina ni es materialista ni enemigo de la teología, ni novicio en filosofía, como dan testimonio los

¹ Dictionnaire apologetique, p. 230.

² Revue des cours scientifiques, 1865, p. 267.

muchos libros que nos ha dejado escritos.

Más cuerdo y avisado, el Dr. Cruel, muestra cómo las familias turanesas establecidas en Europa no fueron las primeras que la poblaron. Antes de ellas hay memoria de otras de tipo dolicocefalo, cuyos restos se encuentran en Bélgica, Francia é Inglaterra. Examinadas las formas gramaticales y conferidas las lenguas de estos primeros dominadores de Europa con los indios y esquimales americanos, cree el citado doctor poder con razón afirmar que estaban emparentados con los indios de América. Debió, pues, de acontecer que, viniendo de Oriente una raza desconocida, acertó á pasar parte de ella por la Groenlandia, y arribaría á las Américas. Después los moradores del Turan llegaríanse á nuestras tierras, abandonadas por los anteriores dueños, y formarían población nueva con su lenguaje aglutinante; hasta que los aryas, enseñoreando á los turaneses, diesen á Europa más alto grado de esplendor material é intelectual, introduciendo animales desconocidos y domesticados, cereales, metales, agricultura, industria y comercio. Con todo, las familias antecedentes no pueden sin injusticia apellidarse salvajes, pues que su industria y especulación estaba en consonancia con las difíciles circunstancias de aquella edad.

En el reinado de los aryas floreció en verdad la cultura que los había acompañado en su salida del Asia central: poblaron los terrenos escabrosos, cultivaron las artes, criaron animales domésticos, su agricultura dió fecundos productos, entraron en tratos con los países del Oriente, desarrollaron la vida social, organizaron la política, explotaron minas de oro, dieron, en fin, grandes pasos en la senda de la

³ Revue des questions scientifiques, 1883, p. 256.

⁴ HAMARD: La Controverse, 1884, Juin.

civilización; no embargante que muchas familias, viviendo á sus anchuras, tornáronse en su aislamiento medio salvaje, más embrutecidas que antes, cayendo en el oprobio de antropofagia y politeísmo que no conocieron sus antepasados. Porque, al mudar de clima, dieron en países estériles y quebrados; y mal hallados con su libertad, favorecidos de las ruines pasiones, abatieron la nobleza de su condición, bastardearon y desdijeron de su noble cuna, borrando toda divisa de humanidad. Esta sí que fué para no pocas tribus edad paleolítica y estado salvaje; así como para otras más venturosas, edad de bronce y de oro. Porque los fenicios, cebados por el atractivo de los mineros de Europa, sedientos de oro y plata, corrieron el litoral del Mediterráneo, trataron y practicaron sus enseñanzas por medio del timón, y levantaron en las costas edificios de construcción desaliñada; interin los pelagios, ligurios, celtas, germanos y eslavos sembraban por doquier monumentos megalíticos, introducían nuevos ingenios, mejoraban las costumbres, y trabando enlaces con los naturales echaban los cimientos de las naciones modernas y fundaban las gentes que hasta el día perseveran. Pero los etruscos, célebres por sus vasos de barro, señalados por su arte de tintura y barniz, no menos que por sus agüeros, son los representantes del progreso europeo en los albores de la historia: «los príncipes de la Etruria enseñarán la disciplina», dictaba la ley romana.

El discurso que acabamos de hacer presupone por fundamento el origen asiático de los aryas. Mas cúmplenos aquí declarar cuán en balanzas anda la opinión de los sabios. En estos posteriores años esta controversia ha despetado el estudio de los antropólogos

y hécholos descender á la arena con doblado brio. Hace diez años era común parecer de los sabios, como dijimos, situar en el Asia la cuna de esta casta y poner allí la matriz de las lenguas indo-europeas. Es cierto que no convenían todos en señalar el paraje y nacimiento de los aryas, inclinándose unos á la India, otros á la Siberia, otros á la Bactriana, otros á la meseta de Pamir, otros, en fin, á la Armenia; pero gozaba de general estima la sentencia de que el continente asiático había criado y robustecido á esta famosa casta, fundadora de la civilización europea. En el día de hoy anda esta opinión en aventura doblando muchos cabos y á punto de hacer naufragio. Lleva en su lugar la palma y parece vencer la corriente la opinión que hace á los aryas oriundos de Europa, probando que no el Asia, sino Europa, fué el primer teatro de sus interpresas y excursiones. Increíble es el número de escritos que han visto la luz en Alemania, Inglaterra y Francia encaminados á sustentar esta posición, esforzando argumentos antropológicos, lingüísticos, arqueológicos, geográficos, en defensa de esta causa. Á la autoridad de los escritos juntóse la adhesión del Congreso de la Asociación Británica celebrado en Manchester en Septiembre de 1887. Con todo eso, un escritor lleno de erudición y cordura, apoyado en gravísimos autores, y guiado por documentos interesantes, ha demostrado cómo la sobredicha hipótesis carece de pruebas convincentes y dista mucho de merecer asiento entre las sentencias plausibles.

De estas vicisitudes de la población de Europa, América, Asia y demás partes del mundo, que no es posible delinear, y en cuya narración andan á tientas los historiadores, quieren infen-

¹ P. VAN DEN GHEIN, S. J.: Le berceau des Aryas, 1881; L'origine européenne des Aryas, 1888.

² CICER.: De Leg., l. II, cap. xviii.

rir los filólogos el infinito cúmulo de años que fueron menester para dar asiento á tantas lenguas como en la América se hablan, para explicar la ruina de muchísimas europeas, para dar lugar á la introducción de las africanas, y, en una palabra, para construir esa tan misteriosa variedad de idiomas, que en todo el mundo han reinado, imposible de componerse con la perfección de una lengua madre y fundamento de todas. Aquí conviene advertir con qué astucia los racionalistas para vender sus marañas se cubren las manos. Todo su ardid está puesto en desfigurar y corromper el ser del hombre y en representárnosle salvaje por los bosques entre fieras y pensando «de qué manera había de traducir en una palabra una contorsión y en una frase un gesto». De aquí les viene aquel prurito de ponderar cómo las lenguas más antiguas fueron las monosilábicas, por parecerles más elementales; arrebatados del vértigo del progreso no pueden sufrir sin cegarse los resplandores de la verdad histórica, cual si para ellos no hubiese más razón que su acariciada filología. Fiados en sus principios, y quitando á Dios todo derecho de hacer cosas perfectas, cometen á la industria del hombre y á la evolución de los tiempos los más grandiosos acontecimientos. Esta es la urdimbre de las modernas invenciones, con que quieren tejer los sabios una flamante historia de la humanidad y fabricar el mundo á su antojo. Pero cierto es que rompen desatentados la tela de los verdaderos acontecimientos.

Oigamos á Lenormant: «Importa, dice, declarar aquí, que cuanto á la formación de las lenguas y de las razas, entre los hechos observados y la doctrina impuesta por el dogma religioso y la filosofía espiritualista, la

conciliación no es natural, y ni siquiera posible, si no es suponiendo altísima la antigüedad del hombre, y un continuo progreso desde el punto del estado salvaje¹.» ¿Qué dice, veamos. la lingüística sobre la formación de los idiomas? Dos cosas principalmente; la primera es: «Ninguna lengua puede permanecer en un estado, sino en continua evolución².» La segunda: «Existen grupos de idiomas que hasta hoy no han podido reducirse³»; pero no obstante, «el vascuence es resto de aquellas lenguas de los atlantes que en remota antigüedad se extendieron por Europa antes de la invasión de los aryas⁴»; «el chino y las lenguas monosilábicas son antiquísimas, y por ellas empezó el hombre». En dos mil años, ¿cuántas lenguas no ha gastado el occidente europeo⁵? El mismo escritor trae las causas físicas, morales é históricas que prueban haber sido las lenguas juguete del tiempo⁶, y trocadas las circunstancias haberse ellas alterado y perecido también. Si, pues, conocemos idiomas que no han empeorado con el correr de los siglos, y han ampliado y extendido su incorrupción hasta el nuestro, aunque otros hayan perdido el ser y mudado de estructura con el transcurso de los años, ¿con qué apariencia de razón se concluye, que la filología demuestra la ancianidad del hombre y su imponderable duración? Veremos luego cuán por diferente rumbo filosofan los modernos en el juzgar la índole de los idiomas actuales, y la relación que guardan entre sí, y cómo sus dictámenes dejan en pie el capítulo xi del Génesis sobre la confusión de las lenguas:

¹ *Hist. ancienne de l'Orient.*, 1881, t. 1, p. 331.

² *Ibid.*, p. 331.

³ *Ibid.*, p. 339.

⁴ P. 347.

⁵ P. 324.

⁶ P. 388.

⁷ P. 334.

¹ Donoso Córres: *Estudios*, t. III, 1854, p. 413.

siendo esto así, poco filósofo anduvo y muy atrevido Lenormant cuando escribió lleno de ternura, que se apiadaba de los ánimos meticulosos que «por no sacudir viejas ideas ó viejos errores, no admiten estos dos grandes hechos históricos¹.» Guarde su compasión el erudito para los amigos de novedades que concluyen así tan á la ligera, sin probanzas suficientes, nivelando sus teorías por el nivel del humano progreso.

ARTÍCULO II.

La cronología no es bastante á determinar la edad del humano linaje.—Qué cómputo hacen los geólogos de la formación de los sedimentos.—La cronología histórica de las más antiguas naciones no sugiere á los cronólogos arbitrarios para resolver este punto.

VAMOS ahora qué descanso pueden hallar los antropólogos, en las lutas de la cronología. Si pasamos á tantear los años que cuenta el hombre de vida sobre la tierra, ¿cuán diverso cómputo hacen los geólogos según las aficiones que los dominan! Los hay que para mudanzas accidentales amontonan siglos. «Dicen que para bajar el globo incandescente de la temperatura de 212° (F.) á 122° (F.), emplearía 1.018 millones de años; y entonces las aguas pudieron dar cabida á los organismos: para pasar de 122° á 77°, temperatura del eoceno, gastó 1,280 millones de años. La luz camina 300,000 kilómetros por segundo; y todos los astrónomos enseñan que fueron menester millares de años para hacerse visibles las estrellas todas á los moradores de la tierra; 26,000 años para que el eje terrestre torne á ocupar el sitio que tiene respecto de la Osa menor: 100,000 años para que el perihelio cumpla su revolución; ¿y sólo el hombre hurtará el cuerpo á la ley de duración, escrita

en todas las páginas del libro de la naturaleza, y tendrá que medir la magnitud de los tiempos con la corteza de su existencia²? Así propone Nadaillac la dificultad, pretendiendo no haber inconveniente en acumular siglos y más siglos sobre la vida del hombre. Mas ¿qué ciencia es la que tan ufana decreta? ¿Es ciencia fundada en hechos y en principios evidentes? ¿Cómo será ciencia la que se arrima á meras conjeturas y se sustenta en hipótesis que tienen tantos visos de probables como las que lo contrario establecen?

Á la propuesta dificultad, baste por junto responder con la firma de tres autoridades de mayor excepción. El geólogo americano Dana, el geólogo francés Lapparent y el físico inglés Thomson, yendo cada cual por su camino y por veredas diversas, han calculado con paciente esmero que la sedimentación de los terrenos, desde el cámbrico hasta los aluviones modernos, se efectuó, á lo sumo, en el espacio de 90 millones de años; resolviendo que en ese guarismo caben todos los sucesos relativos al desarrollo de la vida en el globo terrestre. Con que si la vida humana cuenta 70 ó 80 siglos, la proporción entre la existencia de la vida humana y la de los otros dos reinos, viene á ser $\frac{1}{10,000}$ que es,

á corta diferencia, la relación entre el diámetro de la tierra y el radio de la eclíptica, como Lapparent oportunamente advirtió³. Y de aquí se sigue que, por larga que sea la historia de la tierra, no lo es tanto que no pueda comprenderse en límites finitos, tomada por unidad la misma que sirve para medir la edad de la especie humana; y con esto quedan atajados aquellos períodos descomunales é in-

¹ Nadaillac: *Les premiers hommes*, t. II, chap. XIII.

² *La destinée de la terre ferme*, R. des q. scientif., juillet, 1891, p. 38.

³ Arriba citados, p. 331.

definidos que han ido introduciendo sin reparo los geólogos, á los cuales amo nestaba ya con previsora cordura el eminente director del *Servicio geológico de la Gran Bretaña*, Archibaldo Geikie¹.

Los geólogos hablan del principio de la época reciente: ¿quién será tan vano que presuma determinar los siglos que ha que dura? Sobre lo cual va dicho lo bastante en las notas del capítulo anterior. Quatrefages quiere que los límites superior é inferior sean 100 000 y 7 000 años, y que entre ellos deba colocarse la edad actual. Mas aquí cabe preguntar: ¿la llamada época reciente lo fué en verdad para la tierra toda? ¿Es temeridad porfiar que los trastornos terrestres duraban aún en el suelo americano cuando los hombres asiáticos y europeos vivían prosperados y muy de reposo en el seno de la bonanza? Dicen que entonces dió principio la época actual, cuando hubieron acabado las especies fósiles de la fauna cuaternaria. Mas ¿en qué siglo acabaron? ¿Perecieron todas por junto? ¿Conserváronse algunas pocas en un rincón de Europa? El mamut, el oso mayor, el rinoceronte, ¿fueron antediluvianos ó postdiluvianos? Luego ¿qué discurso da facultad para colegir de ahí la edad del hombre? Especialmente que la fauna cuaternaria vino al mundo antes que el hombre, como todos confiesan: y del mamut, por ejemplo, ignoramos cuándo empezó á resumirse; y aun hoy en día puede que, juntamente con el oso de las cavernas hurte las asechanzas de los cazadores del Norte.

Las cifras históricas que gozan de más autoridad son muy modernas para de ellas sacar la longevidad humana. La era de las Olimpiadas suele colocarse en el año 776 (A. C.): la memoria de los aryas, en 1600 y 1700 (A. C.); la

existencia de Abraham, en 2000 (A. C.); el diluvio de Noé, en 3000 (A. C.); las listas de Maneton que nos guían hasta el año 5000 (A. C.) son muy inciertas: en estos guarismos se suma todo cuanto de algún modo nos consta sobre la antigüedad del hombre: lo que de estas fechas salga no pasará de hipotético y muy dudoso. Porque falsamente habló quien dijo que los indios hacen cuentas de larguísimos siglos. Los escritores que se han curtido, estudiando sus historias y monumentos, declaran ser fabulosos esos números que la pretensión de la antigüedad imaginó. «Los indios carecen de libro de historia». «La historia anterior al año 1200 (A. C.) es hechizada». «No es posible remontar más allá de 800 años con toda seguridad». Tales son las voces de los autores más versados en la cronología oriental. Que si consultamos los documentos fehacientes, el más antiguo es la inscripción de Darío, rey de Persia, descubierta en Persépolis: en ella se conmemora la India como parte del imperio persa; ni hay después memoria de ella en otro instrumento histórico anterior al siglo III (A. C.), según verá quien leyere á Duncker, Oldenberg, Sewell, Max Müller, Fergusson. El eruditísimo Max Müller, que ha tratado y hecho diligente pesquisa de la literatura sanscrita, fija el punto más alto de civilización india entre los siglos XII y II antes de la era vulgar. De los cuales testimonios se infiere que la India no tiene donde hacer pie, y que, á causa de las tinieblas que cercan su historia, carece de cronología y de tradición verdaderamente auténticas.

Las epopeyas, sus grandes sucesos, sus hazasosas empresas, son fábulas increíbles y ridículas; de forma que los escritores más avisados tienen los

¹ TH. KRUSE: *Indien alte Geschichte*, 1888.

² M. LASSEN: *Indische Alterthumskunde*, 1867, t. I.

³ M. DUNCKER: *Geschichte des Alterthums*, 1879, t. III.

indios por contemporáneos de Abraham¹, y así el ilustre Klaproth dice: «Las tablas astronómicas de los indios, que se han exaltado como antiquísimas, se construyeron en el siglo VII de la era vulgar, si bien luego la malicia disimulada las refirió á época primitiva».

Bien mirado, lo mismo les pasa á los chinos. Muchos y largos cuentos de años señalan sus libros sacros, pero ningún monumento hay que dé prendas de la verdad; vista su incertidumbre, Segismundo de Fries declara que el año 773 (A. C.) es el primero que puede servir de hilo á la cronología comparada, pues que las fechas antecedentes son de poco peso para el cronólogo. Las historias de los pueblos circunvecinos no favorecen la antigüedad que dan los chinos á su casta. Todas las razones estriban en los *Anales*, y su valor es muy controvertido entre los sinólogos. Aunque algunos Padres misioneros de la Compañía de Jesús en el Celeste Imperio no pusieron mácula en su autenticidad, y otros, con Guignes, Klaproth, Renaudot, la dejaron en balanzas; mas todos condenaron por embaimientos los millones de años que los letrados chinos contaban antes de Confucio. De aquí es que los más críticos apenas conceden á las primeras dinastías dos mil años (A. C.)². La principal razón en que se fundan es porque en el año 213 (A. C.), Chioangti mandó prender fuego á todos los libros históricos del Imperio, con pena de la vida al que lo estorbare: y siendo este suceso testificado por los mismos doctores chinos, todo cuanto antecede al emperador Chioangti, viene á merecer poquísimo crédito; de donde ninguna buena razón sufre que sea tan celebrada la antigüedad china.

Si entramos en Egipto, ¡cuán sin

fundamento se afirman en su cronología los modernos para ponderar la ancianidad humana! Tres son las fuentes de donde sacan las épocas de las dinastías egipcias; los escritores griegos, el libro de Maneton y los monumentos originales. Qué fe merezcan los griegos Platón, Heródoto y Diodoro Siculo, lo saben muy bien los eruditos avezados á revolver sus historias; pero desmerece infinitamente más su autoridad cuando fian su relación en el dicho de los sacerdotes egipcios. Maneton dió á su tierra treinta mil años de existencia antes de la época de Alejandro; excedió en lo apresurado de su cómputo, metiendo como sucesivas y sumando cual si fueran aparte dinastías que reinaron á la vez; de suerte que su cuenta es declarada falsa por los mismos monumentos³. Porque aun teniendo puestos los ojos en los pergaminos, no concuerdan los egiptólogos en qué tiempo floreció el primer monarca Menes: Bockh le da 5702 años (A. C.); Mariette, 5004; Brugsch, 4455; Pessl, 3967; Vilkinson, 2691: y siendo tanta la discordia de pareceres en sucesos tan públicos, ¿qué diremos de otras dinastías más oscuras? «La ciencia moderna, dice Mariette, de balde trabaja si quiere restablecer cronologías que los Egipcios no poseyeron». Venerable es por su antigüedad la civilización egipcia; las pirámides, anteriores á Moisés, tal vez al patriarca Abraham, pregonan á voces lo remoto de su infancia, y dan motivo á los egiptólogos para exigir gran número de años antes de la existencia del pueblo de Israel; mas ni la paleontología, ni la arqueología prehistórica ofrecen modo seguro cómo fijar la antigüedad de su origen. La exacta cronología sólo llega hasta fines del siglo VIII (A. C.): «Subiendo más allá del siglo X, las perplejidades

¹ WILLIAM JONES: *Chron. of the Hindoos*, vol. II.

² *Mém. rel. à l'Asie*.

³ M. LEGGE: *The sacred books of the East*, 1879.

¹ RAWLINSON: *The antiquity of man*, 1883.

² *Aperçu de l'hist. d'Égypte*.

de los cómputos aumentan, y á decir verdad, los siglos XI, XII y XIII, ofrecen muy vaga determinación», dice Félix Robiou¹.

¿Qué diremos de los caldeos? ¿Qué caudal debe hacerse de sus centenares de cuentas de años? Ya los griegos y romanos mofaban y hacían escarnio de su famosa antigüedad, como en otra parte dijimos. Cicerón² decía: «Condenemos á los babilonios por necios, vanos y ridículos; porque dicen que sus monumentos alcanzan 470 mil años, y creamos que mientan á sabiendas, y que no temen, mentecatos, la censura de los siglos por venir.» Los cálculos astronómicos, que Diodoro de Sicilia alarga á 472,000 años, y los zodiacos de Dendera y de Esne, que llevan doce mil años de fecha, son meras patañas. Laplace demostró que las observaciones astronómicas de los Caldeos no van más allá de 800 años (A. C.). Beroso en su historia camina sin rienda, ó la alarga á todo lo que le parece grande y glorioso; por ello ha merecido ser contado por de ninguna estima, aun en las dinastías más recientes que narra. No tenemos más que los documentos cuneiformes que derramen tal cual claridad en las antiguas épocas. El cilindro de Nabónides, rey de Babilonia, refiere que el diluvio era conocido por los babilonios cuatro mil años antes de Cristo; mas, como bien advierte el docto Vigouroux³, no hay prueba que nos dé la exactud del cómputo hecho por el rey Nabónides, ó por los que le sugirieron tal guarismo. Por esta causa la verdadera cronología caldea toma principio en la era de Nabonasar (747 A. C.). Mientras que no se presenten nuevos testimonios, es vana pretensión alegar la alcurnia babilónica en prueba de la antigüedad del hombre.

¹ De Divin., l. II, cap. LXXV; l. I, cap. I.

² Dictionnaire Apologétique, art. Egypte.

³ La chronologie des temps primitifs, § 80.

ARTÍCULO III.

La cronología bíblica no reconoce límites positivos.— Es incompleta y dudosa.— El silencio de la Biblia no autoriza los desmesurados cuentos de siglos que los modernos fantasean.— La Biblia ofrece términos razonables donde poder convenientemente comprender los sucesos geológicos.— Arduos de los enemigos de la Biblia.

AL es la importancia que ha querido darse en estos últimos años á la contienda sobre la edad del humano linaje, que no hace un escritor debidamente su oficio, según parece, si no extiende todas las velas de su diligencia en esta cuestión capital. Leyendo, pues, con estudio las sagradas Escrituras, quien advierte que fuera del libro de los Macabeos casi no se encuentra orden de siglos ni cómputo de años en todo el viejo Testamento, concluirá fácilmente que el tiempo transcurrido desde Adán hasta nosotros carece de fundamento seguro para la noticia cronológica; y que sólo puede conjeturarse vagamente, y no por tasa, ni por guarismo aproximado. Cada comentador, según el pie que toma para la numeración de los años, saca diferente cómputo, siendo muchas y varias las opiniones que en el referir las fechas por necesidad ha de haber. Ya en el siglo XVII el doctísimo P. Pezron, de la Orden de san Bernardo¹, sostenía que entre la creación del hombre y la venida del Mesías mediaron más de cinco mil años, antigüedad más remota que la que en su época corría.

Algo más adelante vinieron otros cronólogos, á quienes pareció corto el espacio de cuatro mil años computados por el cálculo judío para la edad del mundo antes de Cristo. Han filosofado estos sabios que si la Escritura por una parte guarda silencio acerca de la primera edad, por otra ciencia

¹ Antiquité des temps défendus et rétablie, 1687.

natural demanda gran suma de tiempo para la formación del globo. Han advertido cuidadosamente, que los escritores de los siglos pasados confundían la creación de las cosas con la hechura del hombre, y daban á entrambas obras periodos de breve duración; pero no así los modernos, los cuales distinguiendo la creación primera de la institución de los diferentes reinos, y éstos de la formación del hombre, al hombre decretan sin dificultad cien mil ó doscientos mil años¹, y aún más. Y como la Biblia, insisten, no da armas á nadie con que postrar su osadía, tampoco nos autoriza á tener por descabellada su pretensión. Porque en el cálculo usado por los expositores, prosiguen, hallamos esa divergencia, y así puédesse creer que Dios ha dejado la cronología mundana al arbitrio de los hombres, como una de tantas controversias; pues cada escritor inventó su sistema, estableció su base, discurrió por su cuenta, sacándola tan diversa uno de otro, que entre más de doscientos cómputos por un autor del pasado siglo recopilados², los extremos son de 6984 y de 3483 años³.

Para aclarar en breves palabras algo de lo mucho que los antedichos autores refieren, observaremos que la discrepancia entre la Vulgata y los Setenta es notable; porque donde la Vulgata escribe edad del hombre 4004 años (A. C.), el Martirologio romano, siguiendo á los Setenta, dice 5119 años. Sin eso la iglesia de Antioquia le da al hombre 5493; la de Alejandría, 5501; la de Constantinopla, 5509; y no menos varían los autores eclesiásticos, que señalan, san Jerónimo, 3941; Clemente Alejandrino, 5624; san Julián de

Toledo, 6011; Petavio, 3994; Sixto Senense 3960; Cornelio Alápide, 3953; Escaligero, 3950; Natal Alejandro, 4000 años cabales, hasta el nacimiento de Cristo; por manera que entre la cuenta de san Jerónimo y de Clemente van 1690 años de diferencia. San Agustín, aunque no atinó á señalar guarismo, dice, sin embargo, que no llegan á seis mil los años contados desde que el hombre existe hasta su tiempo. La cronología de los Setenta tiene en su favor el testimonio de los tres primeros siglos de la Iglesia y aun los Concilios ecuménicos que la siguieron, el apoyo del Martirologio romano que cada año la proclama, la autoridad de Josefo que la dió por verdadera; ni empece el valor de los Setenta el haber el Concilio Tridentino declarado auténtica la Vulgata, porque esa declaración no se extiende á la cuestión de guarismos, como lo afirma Baronio; ni el Concilio Tridentino es de creer que contradijese al Concilio de Nicea, que adoptó la cronología de los Setenta⁴.

¿Qué peso hemos de dar á estos tan desiguales cómputos? ¿Es creible que el Espíritu Santo quisiese inspirar á los hagiógrafos un sistema de cronología determinado? ¿Cabe revelación divina en la cronología bíblica? ¿Pudieron los historiadores bíblicos engañarse y caer en error en el calcular los años que citan? Para resolver con acierto estas cuestiones, será bien advertir que hasta nuestro siglo había sido estimada verdad corriente que la cronología de la Biblia era divinamente revelada y fruto de la soberana inspiración. Hacían cuenta los intérpretes que todos los guarismos que indican años y señalan las vidas de los Patriarcas se continuaban sin interrupción unos tras otros, componiendo una suma total con sus épocas dis-

¹ HÁICKEL: Historia de la creación, 1884.—MORTI-
LLET: La préhistorique: antiquité de l'homme, 1883.

² ALFONSO DE VIGNOLES: Chron. de l'Église, 1738.

³ P. RICCIOLI: Chronologia reformata, 1669, t. I, l. VII.

⁴ V. cap. iv, art. II.

tintas y determinadas. Contando los apologistas con los datos bíblicos, y haciendo hincapié en la vaga noticia que tenían de los pueblos antiguos, respondían á los argumentos en contra descartándolos con suma facilidad.

No habían ellos sondeado, como los modernos, la antigüedad de los pueblos. En el día de hoy el proceder de los antiguos está muy lejos de apagar los deseos de los estudiosos. Tenemos más clara noticia de muchas gentes antiguas, merced á los afanes de los sabios que se quemaron las cejas en su estudio y averiguación. Empero es muy para considerar que esa tal cual noticia, respectivamente más completa, no lo es en tanto grado que deba sernos suficiente para apadrinar las teorías sistemáticas y los relatos fabulosos, que hombres superficiales y malcontentos con la divina revelación forjan con tanta liviandad, sacando de la observación y de los hechos cosas que ni los hechos ni la observación permiten sacar.

Dejemos ahora los treinta y más siglos (A. C.) que blasonan los chinos, indios y asirios; porque ni las historias de estas naciones son continuas, ni sus libros merecedores de entero crédito, ni sin sospecha sus cómputos. Viniendo á la historia egipciaca, que es la más estudiada y la más completa de todas, hallamos una cronología aproximada que se remonta al siglo xiv (A. C.), como lo demuestran los egipólogos Rougé y Robiou: más arriba de esa fecha podemos conjeturar con el docto Robiou que la historia de los Faraones comienza en el cuarto millar antes de la era cristiana, siendo ésta una conjetura poco fundada, aunque parezca conforme á la verdad de las cosas. La cronología de la Vulgata, que admite tres siglos entre el diluvio y el nacimiento de Abraham, es insuficien-

¹ Dictionnaire Apologique, 1880, art. Égypte, p. 1056.

te y escasa, y no se ajusta bien con la verdadera historia de Egipto. La cronología de los Setenta, que concediendo más amplitud que la Vulgata, asienta unos doce siglos entre el diluvio y la peregrinación de Jacob á Egipto, corre mejor y viene más medida con la cronología de los egipcios. Sin embargo, puesta la historia egipcia al lado de las genealogías de los Patriarcas, pesadas ambas en una balanza, es de todo punto imposible sacar á luz la verdad y determinar su perfecta conveniencia: por todos lados se palpan tinieblas que llenan de sobresalto y confusión.

Atentos los exégetas modernos y los ojos abiertos á las gravísimas dificultades que de ahí forzosamente debían nacer, estimulados por una más extensa y profunda noticia de la antigüedad, después de haber rodeado los senos ocultos de las listas genealógicas del Pentateuco, y ahondado la preñez de cosas que encierran, han venido á establecer que las genealogías bíblicas no son continuas sino discontinuas, que faltan datos numéricos en el catálogo de las generaciones, que se echa de menos el proceso puntual del árbol genealógico, y que, por lo tanto, el autor sagrado, ya que estuviese inspirado y acertase indefectiblemente en el señalar los años, no hizo propósito de alegar, ni Dios le quiso poner en la pluma las omitidas genealogías, para efecto de constituir una cronología general y cumplida. Á la manera que en la genealogía de Cristo, citada por san Mateo, hay evidentemente vacíos y faltan generaciones intermedias; á ese tenor pasa otro tanto en listas de genealogías anteriores al patriarca Abraham.

Los capítulos v y xi del Génesis, leídos con atenta consideración, lo comprueban suficientemente, si consultamos la versión de los Setenta. El texto griego entre Arfaxad y Sale intercala

un Cainam¹; el texto hebreo le pasa por alto, y sólo cuenta diez Patriarcas antediluvianos. Omisión, que no puede atribuirse á distracción del copista, pues que también podía estar distraído el griego al ingerir su nombre en la versión alejandrina, y es caso recio admitir distracciones en cosas tan graves: fuera de que se repite la interpolación en otro lugar²; y aun en San Lucas³, como lo reconocen los más eminentes escrituristas. Ni es único este caso: porque san Mateo⁴, como decíamos, entre Joram y Ozías ó Azarias⁵ omite tres reyes⁶, y hace á Ozías hijo de Joram, siendo en verdad su tataranieta. San Juan⁷ deja también sin mención la tribu de Dan. Y consiguientemente podemos decir que en las genealogías genesácas faltan generaciones enteras, pues no es este lugar para extender por menudo todas las razones.

Si el sagrado escritor usa la voz *genuit* para enlazar hijos con padres, no es fuerza que debamos entender generación inmediata. En el cap. x, v. 13 del Génesis leemos que Mezraim engendró (*genuit*) á los ludeos, ana-meos, laabeos, filisteos..., y que Canaan engendró al heteo, jebusco, amorreo, gergeseo, heveo, araceo, sинеo, etc., y consta que éstos no fueron individuos, sino pueblos, con quienes guerrearon después los hijos de Israel. Demás de esto, comparando el Éxodo⁸ con los Números⁹ y con el Génesis¹⁰, se convence que donde dicen los Números que Leví engendró á Caath lo entienden ampliamente, por cuanto no se componen bien estos tres lugares, si no suponemos en el *genuit* generación mediata y remota. De donde viene á ser que en las dichas genealogías los Patriarcas pueden con-

siderarse como generaciones enteras distantes unas de otras, y aun con varios intermedios y con interrupciones en la relación de la descendencia. Ni es esto maravilla; por motivo de que el intento de Moisés no fué tanto dar cuenta de todo el árbol genealógico, cuanto certificarnos que Abraham, padre de todos los creyentes, se relacionaba estrechamente con aquellos antiguos Patriarcas que habían recibido y perpetuado las promesas y revelaciones divinas.

Este dictamen han abrazado muchos eruditos de nuestros días, en particular P. Brucker, M. Pannier, M. de Broglie y otros católicos escritores; y advirtiendo que la disposición cronológica que se echa de ver en los sagrados libros no conduce á formar una computación determinada y cabal, afirman ser evidente la discontinuidad de las genealogías, y la ninguna intención de ofrecer á los hombres una suma de años completa y total: y de aquí pasan á concluir que la cronología anterior á Abraham carece de valor numérico, sin que por eso deba padecer detrimento el carácter histórico de los hechos, ni la inspiración de los guarismos; porque si bien es cierto que cada biografía patriarcal contiene datos numéricos, que por ser inspirados no pueden entrar en tela de juicio, mas por ser elementos disgregados y de por sí, no van ordenados por el sagrado autor á constituir un todo cronológico, exacto y general. Basta abrir los libros de los antiguos comentadores para cerciorarse de cuán desacordados andaban en el recuento de los años del hombre, y cuán insuficientes eran sus cómputos para satisfacer á las presentes necesidades. Más de 150 sistemas de cronología bíblica se cuentan, ideados por ingeniosos autores que carecían, cierto, de divina inspiración: ninguno de estos sistemas ha sido condenado por la Iglesia; cada uno

¹ Gen. xi.—² I Paralip., i.—³ III, 36.—⁴ I, 8.—⁵ IV Reg., xiv, 21.—II Paralip., xxv, 1.—⁶ I Paralip., iii, 11, 12.—⁷ Apoc. vi.—⁸ VI, 16.—⁹ XXVI, 57-62.—¹⁰ XLVI, 14.

adopta su cómputo para la época que precede al patriarca Abraham. Las cifras cronológicas de la Biblia son dignas de toda veneración y acatamiento, el orden de los sucesos consta también claramente en la Escritura; con todo eso los acacimientos omitidos, las fechas pasadas por alto, los descuidos de los copiantes, la particularidad del sistema de numeración que los hebreos usaban, la tolerancia de la Iglesia en tanta diversidad de cálculos, dan luz y persuasión para concluir fundadamente que es incompleta y mermada la cronología bíblica¹.

Mas aquí se origina una grave dificultad. Los modernos, desvanecidos con los triunfos de la ciencia, mirando con ceño la diversidad de cómputos antedicha y la ninguna cronología dictada por las Escrituras, se ponen á filosofar de gentil manera, discurren que, pues no hay para la edad del hombre fecha constante, ni cifra determinada por la fe ni por la tradición, quédale al naturalista libertad omnimoda para explayarse sin tasa, y amontonar años hasta un millón y más, ó siquiera de siete mil á cien mil. Y esta manera de dialéctica vémosla usada por escritores que se precian de defensores del dogma cristiano y de la veneranda tradición de la Iglesia.

Pero en su discurso no parece quedar lucida la bizarría de sus ingenios. Porque, aunque la Biblia ni la tradición prescriban cotos fijos, ni la Iglesia los señale; ni la Biblia ni la Iglesia abren campo franco á excesos desaforados y exorbitantes. Ahí está la tradición de los intérpretes y Doctores eclesiásticos, que ponen linderos harto dilatados, dentro de los cuales será lícito al católico espaciarse libremente, sin que le sea dado, so pena de pasar los términos de lo razonable, extender indefinidamente el vuelo á

miles y miles de años. Bien se lo decía san Agustín á los presumidos parleros de su tiempo. «En vano, con liviana presunción charlan algunos, diciendo que desde que los egipcios llevan la cuenta y observación de los astros han pasado cien mil años, y más...; porque no habiendo aún transcurrido seis mil años desde el primer hombre que se llamó Adán, ¿cómo no merecen ser más bien burlados que refutados los que á esta verdad pretenden persuadir opuesta cuenta sobre los tiempos?» ¿En qué está el nervio del argumento del santo Doctor, sino en que no alegando sus adversarios razón alguna en prueba de su dicho, hablaban de cabeza y merecían correctivo?

¿Pues este es nuestro argumento. ¿Dónde tienen los modernos tan poderosas razones que les den licencia para exceder los límites de una moderada cuenta? ¿No decía ya Petavio que los años transcurridos desde la creación hasta la fundación de Roma, «por ninguna razón cierta, sino sólo por conjetura verosímil se coligen»? ¿Y cómo se explica tanta diversidad de opiniones sino declarando que cada cual sacaba los años de allí donde menos explícitamente se contenían? En este mismo sentido otorga Ubaldo Ubaldi, que «la Escritura no expresa la cronología de las edades antiguas, sino que sólo ofrece materia con que componerla». Mas estas autoridades no abren la puerta á la invención de las millaradas de siglos que sueñan los neo-sabios del día. El texto hebreo cuenta desde Adán hasta el diluvio 1656 años; el Samaritano, 1307; el griego, 2242: van casi mil años de diferencia: en las restantes edades hasta la venida del Mesías, concurren los tres casi de todo en todo. Razones para sospechar que en la Biblia se omitieron generaciones no fal-

¹ *De civit. Dei*, l. xviii, cap. xi; lib. xii, cap. x.

² *De ratione temporis*, p. ii, l. ii.

³ *Introd. in Sac. Script.*, vol. iii, 1881, p. 506.

tan, como hemos dicho; que no tuvo cuenta Moisés con narrar la sucesión, sino la filiación de las familias humanas, en cuanto decían respecto al Mesías y al desenvolvimiento del orden sobrenatural¹.

Las listas genealógicas no son varas de medir; será todo mucha verdad: hay confusión suma; no cabe dudarle, y de ella se lamentaba san Jerónimo: «mas la discrepancia, á causa de dicha omisión entre cronologías diversas, no da derecho para introducir á voluntad y aumentar sin reparo generaciones humanas, y subir á excesiva exorbitancia la suma de años. Luego la confusión ni el silencio de la cronología bíblica autorizan á Nadaillac ni á otro escritor alguno á fingir siglos por meras sospechas y sin bastante fundamento. ¿No le bastan 9000 ó 10000 años para explicar la historia humana desde Adán hasta hoy? Con razón el sabio Hamard nota la arrogancia de este antropólogo, y vuelve por la autoridad de los libros sagrados». «Estamos, añade en otra parte, en la mayor incertidumbre tocante á la antigüedad de nuestra especie: es posible que tenga seis mil años, según el texto hebreo; y también siete mil, según los Setenta; y es posible que remonte más arriba, á causa de las omisiones que pueden suponerse en los árboles genealógicos⁴».

Mas, en caso de tanta confusión, ¿serán tan temerarios los naturalistas que presuman, mediante los arcaduces llenos de robín de sus hipótesis, sacar limpia el agua de la verdad? Porque la ciencia verdadera, sólidamente establecida, sería la llamada á fijar la edad del hombre, cuando todo calla, la Biblia, la Iglesia, la tradición. Y ninguno hasta el presente ha tenido ingenioso

denuedo para determinar de una manera indubitable la edad cierta y segura de cada época geológica, cuanto menos la del hombre. En mal hora, como si se le rebotara la sangre de coraje, escribió Mortillet: «La Biblia, ese aclamado fruto de la revelación y depósito de toda verdad, ha sembrado grandes discordias entre los cronólogos, de suerte que no han podido entenderse acerca del tiempo transcurrido desde la creación de Adán al nacimiento de Cristo²». ¿Qué culpa tiene la Biblia de las discordias de los cronólogos? Si el Espíritu Santo no quiso revelar al mundo la edad del hombre, y por eso la cronología adamística no es artículo de fe, queda su averiguación al sudor de los hombres estudiosos. Ellos son los que han de hacer zanja firme para construir la obra; ellos los que deben concertarse y avenirse.

Pero, ¿qué sucede? «La venida del hombre á morar entre los seres que le obedecen, ¿cuándo acaeció? Dudamos de las manifestaciones primeras de la vida; pero aquí nuestras dudas se doblan. La venida del hombre es un misterio, de explicación imposible, si la han de dar las luces de la ciencia. Más: la explicación se hace tanto más dificultosa cuanto son más conocidas las condiciones de la vida. Solamente la ignorancia, dice con razón M. Hebert, es capaz de imaginar que la ciencia humana es todopoderosa³». Esto dice de Nadaillac. De donde una de dos: ó demuestre la ciencia con datos positivos la verdad de sus famosos millares, ó, si sólo ha de rastrearla por apariencias naturales, aténgase á los datos cronológicos que en la Iglesia católica corren como valederos, y no pondrá su honra á riesgo de despeñarse. «Yo no entiendo, exclamaba el cardenal Mazzella, por qué han de ponerse al

¹ M. VALLON: *La Sainte Bible resumée*, 1867, t. 1.

² *Epist. ad Vitalem*; *Comment. in epist. ad Tit.*

³ *La Controverse*, 1881, t. II, p. 570.

⁴ *La chronologie des temps primitifs*, § II.

¹ *Le préhistorique*, p. 515.

² *Les premiers hommes*, t. I, chap. I.

¹ *La Controverse*, 1886, 15 Mars, 15 Juillet.

abrigo de semejantes efugios, cuando tenemos patente y á la vista un camino derecho que podamos seguramente seguir. Porque á cuantos atribuyen al género humano indefinida ancianidad, podemos decirles: vuestras razones nada prueban, ni concluyen el intento; luego no es posible apartarnos de la referida cronología.¹

No puede ponerse duda, repetimos, en que la cronología bíblica flota incierta; es tan vario el cómputo de los intérpretes, que bien podemos afirmar que no tenemos cosa cierta en los años de la historia sagrada. Mas también es muy gran verdad que esto, positivamente hablando, es cierto; pero negativamente no; conviene á saber: la Biblia no determina qué número tasadamente de años abrace la existencia de la humanidad, ni la Iglesia precisamente los define; pero no consiente la Biblia que se excogiten límites exagerados, sin qué ni para qué, dando de mano á los razonables que están en uso entre los fieles. Luego positivamente no tenemos cronología bíblica; pero negativamente sí; poseemos los dos términos extremos, entre los que puede oscilar la cantidad real positiva, fuera de los cuales sería cantidad imaginaria la edad de la especie humana.

Lo cual no puede lisonjear la vanidad de los arqueólogos, porque también ellos andan entre dos aguas; su cuenta varía de diez mil años á un millón y más. Si, pues, nuestra edad no tiene asiento seguro, sino que está entre cuatro y ocho mil años; y los arqueólogos cuentan la prehistórica entre diez mil y cientos de miles de años; ninguna suerte de justicia, repetimos, les asiste á ellos para deschar la cro-

nología eclesiástica, y exigir que caigan los hombres ante su faz y adoren reconociendo su antiquísima edad, cual si fuera fecha autenticada y sin disputa. ¿Quién no descubre en la arrogancia de esta pretensión la guerra sorda y sistemática que á la Biblia se hace por los amigos de novedades? Si es fácil arbitrar sistemas, no es sino muy arduo apoyarlos en razones macizas; que el piélago de las hipótesis es anchuroso, pero malo de vadear y muy expuesto á peligro de naufragio. Los exégetas católicos tienen bien consultados y examinados todos los códices, y vistos y pasados los senos del vasto mar de las Escrituras; y así no es creíble que anden, tocante á la suma de años, tan errados y mentirosos como la arrogante interpretación quiere suponer.

«Lo que aquí no debe perderse de vista, dice el cardenal González resumiendo el debate, y lo que en realidad representa el pensamiento cristiano con relación á este problema, es que ni la Biblia ni la Iglesia enseñan nada concreto y fijo acerca del tiempo transcurrido desde Adán hasta nosotros, y que, por consiguiente, hoy por hoy la ciencia, por este lado, tiene el camino expedito para entregarse á sus investigaciones propias, formular hipótesis, y, sobre todo, acumular hechos y datos que puedan conducirla á la solución definitiva del problema. Entretanto, es prudencia, no sólo cristiana, sino científica, suspender el juicio en cosa tan dudosa, de conformidad con el consejo de san Agustín: *Servata semper moderatione piæ gravitatis, nihil credere de re obscura temere debemus*.»²

¹ De Deo creando, disp. III, art. IV.

² La Biblia y la ciencia, 1891, t. II, p. 527.



CAPÍTULO XLVI.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

ARTÍCULO I.

Verdad cristiana de la unidad de nuestra especie.—Los precamunistas y los poligenistas la menoscaban sin título ni razón.—Noción de especie, variedad, raza.—La semejanza y la filiación son dos elementos que determinan la especie.—Ley de la propagación en el cruzamiento de las razas.—Suéltanse algunas dudas.

CONVIENE bien distinguir el origen del primer hombre, y el de los demás hombres sus descendientes. Cuanto al origen del primer hombre, la ciencia humana calla y callará siempre, porque le faltan razones para afirmar cómo vino al mundo; pero la fe habla muy alto, más alto que del resto de los vivientes, y declara que las manos de Dios fabricaron su cuerpo y que su espíritu fué criado por el infinito poder, Emperador del resto de la humanidad; qué dice la ciencia? Nada que se oponga á la exposición de la fe. La paleoetnología va en aumento y adelanta, pero aún dista mucho de haber llegado al estado de madurez; ayúdase de la antropología, de la paleontología, de la geología y zoología en el ardor de sus pesquisas; mas hasta el día de hoy no ha formulado sistema, conclusión ni aserto que pueda mirarse como digno de toda fe. Con todo, de los museos reunidos, de las clasificaciones hechas, de los instrumentos hallados, de los congresos tenidos, resulta que el plan

indicado en la Biblia no disuena de la interpretación dada por la ciencia prehistórica al origen y desenvolvimiento de la humana especie después del pecado y caída de Adán.

Pongamos en primer lugar la enseñanza de la religión católica, tocante á la unidad de la especie humana. Constante clamor de las divinas Letras es que antes de Adán ningún hombre había venido al mundo. «No había hombre ninguno que labrase la tierra antes de ser formado Adán». Después de formado, antes de la creación de Eva consta que: «No existía hembra que le fuera semejante é idónea», y que en viéndola formada, Adán «llamóla Eva, es á saber: madre de todos los vivientes». De aquí es razón inferir que ningún ser humano fué primero que Adán, y que antes de Eva sólo existió Adán, padre del universo mundo, como le apellida el libro de la Sabiduría. Lleno de esta verdad el Apóstol de las Gentes pregona: «Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y en pos del pecado la muerte; así por todos la muerte pasó por el mismo caso de haber todos incurrido en pecado». Y quién fuese el hombre, lo expresaba diciendo: «Como en Adán todos mueren, en Cristo todos reciben vida»; y más claramente se lo anunció á los ate-

¹ Gen., II, 5.—² Gen., II, 20.—³ Cap. X, I.—⁴ Rom., V, 12.—⁵ I Cor., XV, 22.

